

POLÍTICA HIPOCRITA.

Los conservadores son siempre los mismos. Vociferan, protestan, escandalizan cuando el partido liberal estudia la manera de llevar á la práctica reformas beneficiosas al país; pero, eso sí, cuando ellos, los conservadores, llegan al poder entonces se aprovechan bonitamente de todas aquellas reformas, de todas aquellas leyes, de todos aquellos adelantos que les hicieran verter á mares lágrimas de cocodrilo.

Es la historia de siempre, casi podíamos estereotiparla: que tratan los liberales de implantar el sufragio universal, pues los conservadores le consideran como una calamidad que puede destruir y aniquilar la Nación entera; que se piensa por el partido liberal en establecer leyes que garanticen el libre ejercicio del ciudadano en los diversos órganos sociales, pues todo esto es, para los conservadores, descabelladísimo y bastante á producir el desequilibrio no solo de España sino del mundo entero; que el partido liberal afianza las reformas políticas con objeto de quitar á los partidos revolucionarios hasta el pretexto de su existencia, pues los conservadores exclaman: ¡Qué disparate, vamos al caos, al cataclismo, al desquiciamiento!

Eso sí, en cuanto Cánovas sube al poder se olvida de todos sus aspavientos y lagrimeos de la oposición y acepta por completo el sufragio universal, las leyes que garantizan el libre ejercicio del ciudadano y las reformas políticas con todas sus consecuencias. Entonces ya no teme que se destruya y aniquile la Nación, que se produzcan desequilibrios peligrosos ni que se precipite el país en el caos mas espantoso.

Esa, esa es la política hipócrita de siempre: promover alborotos desde la oposición con objeto de incitar al país contra la labor salvadora y activa del partido liberal; y utilizar en provecho propio las conquistas alcanzadas por los gobiernos liberales sin experimentar el mas ligero crepúsculo de conciencia ni remordimiento mas pequeño.

Lo que está sucediendo ahora en toda España corroborará y confirma cuanto queda dicho.

En efecto. El Sr. Sagasta rodeado de hombres de verdadero mérito se esfuerza en establecer principios económicos que deman-

da el lamentable estado financiero de nuestra querida patria. Los obstáculos son considerables, y los ministros con una energía, con un tesón y con unas condiciones de carácter envidiables, lo arriesgan todo, proponen su amor propio y manifiestan una resolución decidida de continuar por la senda de las reformas económicas, programa glorioso que puede conducirnos hasta la nivelación de los presupuestos y en el cual están cifradas las esperanzas del país.

Pues bien; ¿qué hace el partido conservador por coadyuvar á este fin patriótico y de vida ó muerte para la nación entera? Pues en lugar de alentar á los ministros con cita contra ellos las iras de los revoltosos que mas atienden á su medro personal que á la peligrosa situación de su madre la patria; en lugar de coadyuvar al buen resultado que tanto anhela todo el que se precie de buen español, proceda malévolamente é insidiosamente con objeto de hacer fracasar el grandioso problema en que se halla empeñado el partido liberal dinástico; en lugar de posponer su amor propio, mortificado por el prestigio que de esta campaña llevada á feliz término pudiera sacar el Gobierno del Sr. Sagasta, alza soberbio su cabeza para malograr si puede los buenos propósitos del partido imperante aunque con ello pudiera acarrear el hundimiento de la nación.

Mas, ¡aquí de la política hipócrita! si el Gobierno liberal triunfa y consigue implantar en el país las reformas económicas, nivelando los presupuestos y poniéndole en camino de su verdadera regeneración; si el Sr. Sagasta establece en firme la solución financiera para cuando deje el poder, entonces al reemplazarle en él los conservadores, harán, olvidadas ya seguramente sus alharacas y vocinglerías de ahora, y les vendrá como de perlas el difícil é ingrato trabajo, aunque glorioso y patriótico, del Gobierno de nuestro querido Jefe D. Práxedes Mateo Sagasta, el cual, inspirado en altas miras, sabrá apreciar en lo que valen á los que se aprovechan de sus iniciativas despues de haberlas combatido rudamente, porque atentos solo al progreso y bien de la nación, despreciará como se merece esta clase de doctrinarismo y este género de política hipócrita.

LA PRENSA DE MADRID Y LOS HECHOS DE GIJÓN.

Tomamos del acreditado periódico de la Corte, *El Imparcial*, el siguiente suelto en el cual contesta como se merece á ciertos ridiculos y aparatosos partes telegráficos, reñidos en absoluto con la verdad de los hechos, cuyos partes le han sido dirigidos desde Gijón así como á otros cinco periódicos, de una manera ofensiva y atrevida.

Nadie ha pensado en Gijón en quemar en la plaza pública ejemplares del «Imparcial» de «La Correspondencia» y del «Dia», y solo pudo soñar esto alguna cabeza apasionada en los asuntos á que se referian dichos telegramas.

Hé aquí ahora el suelto con el cual estamos conformes de todo punto:

«AUTOS DE FE EN GIJÓN.»

Dos personas á quienes no tenemos el gusto de conocer, nos mandan desde Gijón cada una un telegrama para nosotros y para cinco periódicos más, aprovechando la tasa y apresurándose con la más espontánea y ofensiva de las diligencias noticieriles, á comunicarnos la fústa nueva de que en la plaza pública han sido quemados algunos ejemplares de *EL IMPARCIAL* y de... ¡*La Correspondencia!*

Por cierto que *La Epoca* publica, como uno de los seis destinatarios que es, estos dos telegramas con la pomposa advertencia «de nuestro corresponsal,» siendo como son, por lo visto, de los corresponsales de todo el mundo.

De uno de los telegramas suprime *La Epoca* la noticia de haber sido quemados los ejemplares de *La Correspondencia*, creyendo sin duda que puede eso perjudicarle á este periódico.

Nos permitimos darle á *La Epoca* las gracias por ese servicio en nombre de *La Correspondencia*, y sentimos que este popular colega, que no se mete en nada, como él dice, y que nos echaba hace poco en cara que fuéramos quemados, haya esta vez sufrido inocentemente la misma suerte.

A nosotros no nos dá calor ni frío que nos quemen los ejemplares en Gijón; esto es más fácil que hacer pavesas el dictámen del Consejo de Estado, en el que se acusa á los concejales, causa de los desórdenes, de haber cometido varias irregularidades.

Pero en uno de los telegramas se nos dice que se esperan los paquetes de *EL IMPARCIAL* para quemarlos *sin que se pongan á la venta.*

¿Quiere esto decir que al mismo tiempo van á quemar allí el derecho de propiedad?

Como Gijón no está en el Riff, esperamos que tal no suceda, y si se intenta, que haya autoridades que no consientan este atentado al Código penal.

Para concluir, quedamos enterados de que los concejales suspensos van á entablar una querrela de calumnia contra *EL IMPARCIAL* y *El Dia*, como si *El Dia* y *EL IMPARCIAL* fueran los consejeros de Estado que acusan á esos concejales de haber administrado detestablemente los intereses del pueblo gijonés.»

También el popular diario «*El Dia*» ha tenido que contestar á las observaciones que el Alcalde suspenso D. Faustino Alvargonzález le dirigió en casta particular, y á fe que lo hace de una manera irrefutable como lo podrán ver nuestros lectores, pues á continuación publicamos ca i por entero la sabrosa réplica del diario madrileño:

«Cuanto á nosotros, no tenemos que rectificar una línea. Es verdaderamente extraordinario que los concejales suspensos no se hayan creído molestados al verse nominalmente designados en la «Gaceta» por la participación en hechos que, según consigna el dictámen, «*pudieran revestir caracteres de delito y ser objeto de responsabilidad judicial,*» y se revuelvan airados contra *EL DIA*, que ha informado del asunto á sus lectores con esas mismas noticias, extractadas de documentos oficiales.

Mucho celebramos que «no aparezca el gasto ni de una peseta siquiera, cuya inversión no esté plenamente justificada;» pero del expediente aparece que «*se ignoraba en qué se habían aplicado 252 000 pesetas,*» y nosotros no somos los llamados á investigarlo.

También nos alegramos de que «el consumo de paja y cebada no fuese excesivo ni creciera mensualmente, y que, por el contrario, decreciera cuando el Ayuntamiento suspenso acordó reducir el número de caballerías,» porque bien merecen consignarse para sacar de su error al Consejo de Estado. «Según la nota ó relación remitida por la alcaldía, el suministro del pienso importó:

En Julio de 1891 . . .	450	pesetas.
En Setiembre . . .	600	»
En Noviembre . . .	1.619	»
En Febrero de 1892 .	2.125	»
Y en Junio . . .	2.538,12	»

Y realmente, de la lectura de esas cifras parece desprenderse que el gasto crece y no disminuye.

No dudamos que los contratos con las dos fábricas de electricidad sean «absolutamente idénticos», como dice el señor Alvargonzalez; pero, ¿qué quieren nuestros lectores que pensemos, cuando el diario oficial dice que mientras en la «proposición hecha á la Compañía anónima electricista DE QUE FORMAN PARTE VARIOS CONCEJALES CON CARGOS EN EL CONSEJO DE ADMINISTRACION Y UNO DE ELLOS FIGURA COMO DIRECTOR, no se fijaba el número de fo os que había de establecer y se le concedía una subvención de 570 pesetas y 5,50 pesetas por hora; en la presentada á la otra Empresa se fijaba la instalación de seis focos, por 285 pesetas de subvención y 2,65 pesetas por hora?»

Indudablemente, no nos ha hecho el Sr. Alvargonzalez la merced de leer con atención nuestro periódico. De otro modo, no supondría que fuimos informados con inexactitud y ruin malicia.

Se habría enterado de que nada hemos dicho por cuenta propia, sino fundados en informes de gran fuente de publicidad, como es la *Gaceta*, y también de que en el número de EL DIA, correspondiente al 30 de Agosto, decía nuestro corresponsal telegráfico lo siguiente:

«En prueba de imparcialidad consignaré que se asegura que el [viva la república] salió de un grupo de amigos del alcalde suspenso, y que no lo dió éste, quien leía en el balcón un telegrama dirigido á la reina, diciendo que todas las clases sociales pedían la reposición de los suspensos.»

Y con esto damos fin por hoy á este asunto. Imparciales siempre, hemos insertado la carta del ex-alcalde de Gijón, á pesar de que nada rectificaba de cuanto habíamos dicho. Es una carta que debiera lógicamente el Sr. Alvargonzalez haber enviado á la *Gaceta*; pero queremos llevar nuestra complacencia hasta el punto de prestarnos á servir de cabeza de turco á los suspensos, para que desahoguen las iras que no han podido desatar contra el Consejo de Estado.»

EL PROFETA CARLISTA.

Leo:

«Atribúyense al marqués de Cerralbo las siguientes palabras dichas en el discurso que pronunció en la reunión de carlistas celebrada en su casa de Santa María de Huerta:

«Se aproxima el triunfo de la república, pero triunfará cayendo en el descrédito por consecuencia de la anarquía, salvando entonces la patria solamente los defensores del altar y el trono.»

De modo, que ahora resulta que el señor marqués de Cerralbo se dedica á pronosticar acerca de los sucesos políticos importantes venideros; como si dijéramos, se ha convertido en el nuevo Zaragoza de la política, y no hay duda que eso nos podrá salvar de muchos contratiempos, porque es natural cuando temamos un cambio brusco de la situación ó un golpe de Estado, nos bastará ir á consultar al citado marqués, para salvarnos de los perjuicios que de otra manera, nos pudiera acarrear. Pero me estoy temiendo, que no hará grandes pronósticos, al menos por el de la muestra, porque, miren Vds., que decir que la república caerá en descrédito por la anarquía, francamente, que me dispense el autor de las ante-

riores líneas, pero en esto no toca pié con bola como vulgarmente se dice, y ántes de afirmarlo así, de un modo tan rotundo como si la cosa no tuviera otra solución, yo le aconsejaría que se fijase en lo que es la república y lo que significa anarquía, pues, ha de saber el señor Cerralbo, que esta última no tiene nada que ver con aquella; y como la anarquía no puede triunfar en nuestros tiempos... y como según las palabras del jefe carlista caería la república triunfando la anarquía, porque de otro modo esta última no vencería á aquella y como la anarquía, por otra parte, no puede vencer á nadie porque no consta de suficientes elementos ni personalidades, ni existe entre ellas suficiente unión, ni tampoco las ideas que profesan sus secuaces se adaptan á los tiempos presentes por ser harto avanzadas, resulta de todas estas consideraciones, que la anarquía no ejercerá obstáculo alguno para el buen planteamiento y prolongada vida de la república, y por lo tanto, que el señor marqués de Cerralbo ha hecho por este lado una *plancha* fenomenal.

Pero no para ahí la cosa, sino que dice á continuación que, cuando caiga la república, salvarán la patria... «solamente, los defensores del altar y el trono.» Y á esto debo decirle, que si las ideas de la anarquía no se adaptan á nuestros tiempos por demasiado avanzadas, las ideas que profesan el señor Cerralbo y sus impertinentes secuaces, tampoco pueden adaptarse á los tiempos que corremos por demasiado rancias, pues en el grado de civilización á que nos encontramos, ya no cuajan estas, no cuajan, no señor, y á pesar de todos los motines y reuniones y demás medios que pongan en práctica para conseguir el éxito de sus ideales, puede asegurarse que «los defensores del altar y el trono» no vencerán, porque serán impelidos hácia un abismo insondable por la efigie del Progreso que es el baluarte contra el cual es inútil toda lucha y contra el que se estrellarán con sus trabucos y boinas correspondientes todos los carlistas del Universo. ¿Lo vá entendiendo el señor marqués de Cerralbo?

Y no se crea que yo lo digo todo eso por no ser partidario de la República, porque han de saber ustedes que yo no profeso ideas de esa naturaleza; lo digo simplemente para demostrarle al señor marqués que ni la anarquía vencerá á la República, ni mucho menos los carlistas salvarán la patria, pues éstos, á pesar de ser en gran número, no llegarán á la suela de los zapatos de cualquier individuo que no sea partidario de ellos, sea el que sea el partido político que defienda.

Y por fin, para terminar, voy á dar á Vd., señor marqués, mi desautorizada opinión sobre este punto.

La República no puede venir en los momentos actuales, al menos no puede sostenerse; no dudo que si la situación actual terminase con la caída del Gobierno presidido por el Sr. Sagasta, vendría acaso, una sombra, algo así como un chispazo de revolución que casi me atrevo á asegurar no llegaría, sin embargo, al completo planteamiento de aquella; pero aun suponiendo que llegase á esto, no subsistiría por mucho tiempo, mas no por la anarquía, como asegura usted, sino porque como la mayor parte de los republicanos están ávidos de llegar al poder, pretenderían abarcar con sus planes mas de lo necesario y harían una vez mas verídico el refrán castellano «el que mucho abarca poco aprieta», y como en efecto, no podrían de ningún modo apretar, se aflojarían las amarras y caerían por su propio peso.

Y una vez caída la República, pretende el señor marqués que salvarán la patria los amigos del altar y del trono... Vamos, hombre, no sea Vd. tan inocente aun, piense un poco, ratiocine acerca de la opinión que del partido carlista tiene formada el pueblo español en general, y no dudo que se retraerá usted de sus anteriores afirmaciones.

Al mismo tiempo, si se acuerda usted de hace 20 años la batida que se les dió, y eso que entonces el número de carlistas era mucho mayor de lo que es hoy, pues van disminuyendo cada día mas, gracias á la luz del progreso que vá alumbrando las inteligencias de todos los españoles, con seguridad que en su fuero interno, siquiera por sus ideas, no pueda traslucirlo al exterior, resonará potente una voz que le dirá:

—Es imposible vuestro triunfo, estais derrotados para siempre.

Carlos Ria-Baja.

Barcelona 24 Agosto de 1893.

COLABORACION INÉDITA.

Un cobarde.

El Champagne burbujeaba en todas las copas.

Los comensales gritaban y reían desahoradamente.

Uno de ellos, después de conseguir que cesaran las carcajadas y las voces, dijo encarándose con un señor de largos, canos y retorcidos bigotes, de ojos pequeñillos y brillantes:

—Brigadier, cuéntenos usted una de esas alegres historias de cuartel de que tanto gustamos los paisanos.

—¡Oh, sí, sí! gritaron todos.

—¡Algo que sea muy alegre! dijo uno ahuecando la voz.

—Donde haya señoras y cintarazos! Eso me divierte mucho. Los palos son la salsa de las aventuras galantes, gritaba un pobre señor de rostro contrahecho, donde todos los vicios habían dejado huella.

El brigadier se puso serio.

Después de breves momentos de silencio, contestó:

—Historias, ¿eh? Sí, sé muchas, pero no alegres. En la vida militar la alegría no existe. Los pobres reclutas, arrancados de sus hogares por la suerte velei-

dosa, bromean y rien en el cuartel y en las filas, cuando se siente el cisco de las balas, solo acallado por el grito feroz del que cae herido; también rien, también muestran la alegría en el semblante, pero allá en el fondo del alma hay un recuerdo que amarga todas las horas, el recuerdo de la pobre vieja, que no pudo levantarse del sillón donde los años la postraran, para darles el abrazo de despedida; el de la pobre niña, que desolada quedó llorando en la reja.... Pero ¿cómo quereis que os divierta como un villano juglar y no hay quien llene mi copa de champagne?... Y ahora que recuerdo. Sé una historia donde hay amor y cintarazos y hasta cuatro tiros... Conque si no es alegre, que venga Dios y lo vea.

Allá vá!
Entre los quintos de aquel año, llegó al cuartel un muchacho andaluz, de rostro animado y expresivo, ojos negros y cuerpo no deformado por el trabajo rudo.

A la legua se veía que el muchacho había recibido una educación esmerada.

Sus manos eran demasiado finas para el servicio del cuartel y la mas corta caminata le rendía y fatigaba.

En época de paz, todos los oficiales hubieran acaso simpatizado con el recluta y le hubieran librado de quehaceres penosos, pero entonces necesitábamos soldados y no amigos, y desde el general al último teniente, miraban con antipatía á aquel desdichado.

Un día le encontré llorando, y sin poderme contener, le abofeteé cruelmente.

En aquellos ojos de mirar profundo, brilló un rayo de ira.

—Llorar es cobardía, le dije.

—No soy cobarde, mi capitán, me contestó con voz humilde, que contrastaba con la expresión de su rostro. Tengo penas y lloro. No lo volveré á hacer mas.

Cuando se alejó de mi lado, leí en sus labios contraindos, una palabra de desprecio, no pronunciada.

Conoció que mi conducta había sido torpe y pensé, arrepentido de ella, demostrar al recluta que debajo de mi uniforme había un sér humano que sentía y había llorado muchas veces.

—Sí, facillita tarea!
Quise hacerme su amigo.

Le hablaba con voz cariñosa y palabras de consuelo, le prodigaba atenciones, le sonreía, ¡llegué hasta bromear con él y él, siempre respetuoso, contestaba con monosílabos, me miraba con odio y sus labios se contraían siempre del mismo modo, con aquella palabra de desprecio, que yo leía siempre y él no pronunciaba jamás.

—¿Su madre?... Sí, allí quedó en la aldea llorando su ausencia!

Novia ¿Por qué no?

Pero nada de esto le inquietaba. Y había momentos en que oyendo sus palabras, llegaba yo á dudar si su tristeza no era una alucinación mía.

De seguir en el cuartel mucho tiempo, confieso que aquel recluta, de rostro casi femenino, hubiera concluido con mi razón.

Porque aquella obstinación del muchacho, era para volver loco á cualquiera.

Pero vino la guerra civil, traidora, maldecida de Dios y de los hombres, y allá fuimos al Norte!

Con los cuidados de la guerra, llegué á olvidar al muchacho, que, agobiado por el fusil y la mochila, seguía penosamente á sus compañeros, jóvenes, fuertes, rudos, de rostros atezados por el sol, embrutecidos por el trabajo, si se quiere, pero útiles á la patria que iban á defender.

Un día, en una de aquellas marchas á través de montes y jarales, en que hasta la Naturaleza nos era enemiga, me dí cuenta de una cosa que me llenó de pena.

En medio de tantos hombres, el recluta aquel, vivia en soledad amedrentadora.

Los demás soldados le tenían en poco y se refan de él.

Aquella noche llegamos á un villorrio escondido en la quebradura de una mole abrupta de granito.

Nuestra gente iba muy fatigada.

Seria la media noche cuando nos sacó del sueño profundo en que el cansancio apretaba nuestros párpados, el alarido estridente de las cornetas que nos llamaban á defensa.

Todo fué al principio confusion y algarabía.

Una partida carlista habia tomado posiciones en la montaña y nos batia traicioneramente casi á mansalva.

Ira de Dios, los miserables ¡y cómo pagaron cara su villanía!

Votos y juramentos, silbar de balas, golpear de sables, voces de mando, clamores de las cornetas que nos guiaban en las sombras, lamentos de heridos, carreras, gritos, fogonazos, relinchos, todos los ruidos de una lucha desesperada, angustiosa, se mezclaban y entretaban bajo un cielo encapotado y una lluvia de plomo que nos dieztaba.

Un momento mas en aquella situacion terrible y todos nuestros hombres hubieran huido á la desbandada.

De una casa entre aquellas sombras densas que nos envolvian, salió luz, luz roja en movibles llamaradas que lo inundaban todo con su resplandor siniestro.

Entonces vimos á los carlistas miserablemente escondidos en las hoquedades de la sierra... y vimos —si parecia imposible— al recluta aquel de rostro casi femenino, de manos delicadas, lanzarse hácia el enemigo animando á los demás compañeros con sus voces, calada la bayoneta, fiero el rostro!

Y subió y todos tras él y entre las breñas, al borde de hondos precipicios, cuerpo á cuerpo, acorralados, perseguidos, no quedó boina sobre cabeza que lo contara.

Era yo entonces capitán, y como ahora soy brigadier, puedo hablar mal del que á nosotros nos mandaba.

Cuando la casa incendiada iluminó el villorrio y la sierra, el brigadier ordenó una maniobra que los soldados no cumplieron.

Se los llevó aquel recluta en busca de la venganza y mientras héroes luchaban cuerpo á cuerpo, el brigadier juraba y maldecia creyendo que no habia de volver soldado vivo.

Pero volvieron, desgarrados, llenos de sangre y el brigadier dejó de jurar, cuando se extinguian las últimas llamaradas de la casa hecha cenizas.

Al día siguiente el brigadier, ya mas calmado, puso una cruz en el pecho del recluta que lloraba, con la cabeza hundida entre los hombros, ocultando el rostro rojo de vergüenza, de la mirada de todos.

Me acerqué á él, apreté sus manos entre las mias y quedamente, casi al oído, le dije:

—Buena lección me habeis dado, amigo mio. No son cobardes los que lloran.

Levantó la cabeza y me miró fijamente, y al ver que las lágrimas se escapaban de mis ojos, gimió entre sollozos:

—¡Gracias, mi capitán!

Y aquella vez no habia odio en su mirada ni en sus lábios palabras de desprecio.

A los pocos días tuvimos otro encuentro con los carlistas, pero de día, en sitio llano y unido nuestro batallón á otros no fogueados todavía.

Y entonces, cuando todos volvian la vista al héroe, el héroe despues de un momento de indecisión, se separó de las filas y huyó.

Quisé detenerle y pálido, con el rostro desencajado gritó:

—Dejadme, señor, dejadme.

¿Para qué contaros los detalles del triste suceso?

Fué aprisionado y aquella misma noche, se instruyó sumaria y se le condenó á muerte.

Apenado llegué donde estaba prisionero.

No me sintió entrar.

Sentado en el suelo, con la cabeza entre las manos, consumíase el desdichado en tristes meditaciones.

En esas vanas fórmulas que la Sociedad nos dá hechas para hacer fácil la obra de consolar al triste, buscaba yo una con que sacarle de su ensimismamiento cuando levantó la cabeza y fijó en mis ojos, enrojecidos por el llanto y la fiebre.

—¿Condenado á muerte?—me preguntó rugiendo.

—A muerte.

Y entonces se puso en pié y me estrechó en un abrazo tembloroso.

Pero no soy cobarde, mi capitán, me dijo.

Hay allá en mi pueblo una muchacha, la más bella del mundo, sin mas esperanza que el amor que nos une.

Vivir sin ella es la mas espantosa de las muertes y yo en el misterio de nuestras noches de amor le juré que era suya esta vida miserable que van á robarme.

La otra noche sentí como un vértigo, una fuerza inexplicable me arrojó á la montaña y me arrastró sin que me diera yo cuenta de lo que hacia.

Luego soñé con mis padres, soñé con ella y al despertar tenía el corazón desgarrado.

Sabrian en el pueblo mi hazaña y ella lloraría, porque al buscar la muerte le enviaba una prueba de mi desamor y de mi olvido.

El mismo brigadier lo dijo.

Yo habia expuesto mi vida ¡y mi vida no me pertenece!

Su amor era la causa de mis tristezas del cuartel.

Decia todo esto el recluta, sollozando con voz ronca y temblorosa.

Despues de una pausa continuó:

—Ah, señor! La quiero tanto!... Le he escrito una carta, la última oracion de mi amor, el último beso de nuestra felicidad perdida... Si cuando acabara la guerra quisierais ir á llevársela, á contarle que he muerto por salvar esta vida que van á robarme, que he muerto señor, como un valiente.

Os lo juro, hé de morir sin cobardías.

Y ya loco, frenético, se golpeaba el rostro con los puños cerrados y gemía y la llamaba con voz delirante.

Salí de allí y pedí al general su indulto, de rodillas y llorando como un niño.

Todo fué inútil.

A la mañana siguiente murió fusilado.

La guerra, cada vez más empeñada, con sus diarias escenas de horror, borró de mi mente el recuerdo del pobre muchacho.

Fuí herido y volví á mi casa.

Cuando estuve curado me acordé de la promesa hecha á aquel desdichado y con su carta en el bolsillo llegué al pueblo, donde la novia lloraba su desgracia.

—Y era muy guapa, brigadier? preguntó uno de los comensales.

—Oh! era una muchacha tentadora.

Comprendí al verla la locura del recluta, porque yo mismo hice la mayor de mi vida.

—¿Qué hicisteis? preguntó riendo á carcajadas el vejete á quien gustaban las historias alegres con señoras y cintarazos.

—Me casé con ella!

—¿Os burlais? dijo uno.

—La novia de aquel recluta es mi esposa.

Y el brigadier apuró su copa de champagne.

DIONISIO PEREZ.

2 de Setiembre 93.
(Prohibida la reproducción.)

ACTUALIDADES.

Para que juzguen nuestros lectores cual habrá sido la Administración del Ayuntamiento suspenso, tomamos de nuestro apreciable colega local «El Comercio»:

«Se nos dice que con fecha 30 de Setiembre de 1892 y factura núm. 413, cobró en el Ayuntamiento una imprenta de esta localidad 200 pesetas por importe de 100 libros de adeudo para la Administración de Consumo.

»En Octubre del propio año y con factura núm. 471, cobró el mismo establecimiento 750 pesetas por 500 libros tambien de adeudo.

»Total de libros, 600; id. de pesetas, 950.

»Ahora bien; conviene tener presente que una de dichas facturas importa 750 pesetas y los Ayuntamientos, como es sabido, no pueden hacer servicio alguno cuyo costo exceda de 500 pesetas, sin previa subasta.

»Por otra parte, en la Administración de Consumos, segun nota que tenemos á la vista, solo se recibieron 268 libros en vez de los 600 que indican las citadas facturas.

»Además, parte de los libros no entregados los llevaron á la Administración de Consumos el último día del pasado mes de Agosto, esto es, diez meses despues de haber cobrado el valor de toda la tirada.

»Con el encargo hecho á la referida imprenta, está la Administración de Consumos surtida para un tiempo que no bajará de diez años, y por lo tanto el encargo fácil será que resulte inútil sufriendo como puede sufrir alteracion en tan largo periodo la Ley de Consumos.

»Por último, convendría saber si el trabajo vale ó no lo cobrado.»

Dice un periódico silvelista hablando de Gijón:

«Se dice que un título de Castilla, en cuyo palacio residen los Reyes cuando visitan aquella ciudad, con la noticia de que probablemente este año iría á confirmarse el Rey á Covadonga, haciendo alto en Gijón, escribió al Sr. Sagasta manifestándole que los Reyes eran señores de su casa y podian ir á ella como tales; pero que no se creía obligado á recibir á los individuos que componen el Ayuntamiento.

»A este propósito se recuerda en Gijón que bien pudiera reproducirse la escena del Benavente quemando su casa de Toledo para borrar la mancha dejada en ella por el Duque de Borbon, traidor á su Rey cuando el Emperador Carlos I le obligó á recibirle.

»Por las referencias que dejamos transcritas, puede colegirse cuál será el estado de los ánimos en aquella laboriosa población, juguete hoy del caciquismo mas irritante.»

Suponemos que el título de Castilla no agradecerá el que se le

haya supuesto tamaña descortesía con la intencion de desprestigiarle poniéndole en ridículo.

Creemos que el aludido personaje no necesita ya de consejos, ni de consejeros entrometidos que se metan á decirle lo que ha de hacer en su casa y con su casa.

Y cada vez necesitará menos de ellos.

Porque de tal manera se van poniendo las cosas, que hasta un ciego las vé.

Hoy á la una de la tarde, y abordo del vapor «Pilar,» llegará á este puerto el Sr. D. Nicolás Salmeron, á quien sus amigos preparan un buen recibimiento.

El jueves próximo se celebrará un *meeting* en el magnífico teatro de los Campos Elíseos, al que asistirán los Sres. Salmeron, Labra, Pedregal y Azcárate, bajo la presidencia del Sr. D. Adolfo Builla, en representación del Comité provincial.

Agradecemos la invitacion que para este acto se nos ha remitido.

Ha empezado á publicarse en Bilbao un semanario titulado «El Correo Naval,» dedicado exclusivamente á la defensa de los intereses marítimos y con especialidad á las clases de pilotos y maquinistas.

Se halla de venta en el kiosco de la calle de los Moros, propiedad de D. Dámaso Cifuentes.

El Lúas último ha visitado nuestra villa una Comision de la Diputacion Provincial, compuesta del Presidente, Vice-Presidente, Diputado provincial por este distrito y el Arquitecto Sr. Rivero, con objeto de girar una visita á la inmediata aldea de Jove, para elegir punto de instalacion del proyectado Hospital Marino, que parece se acordó establecer en la mencionada parroquia, lindando con el mar.

Ultimamente han visitado nuestra Redaccion «El Departamento» de Ferrol, «La Union Republicana» de Pontevedra, «La Lealtad» de Orense y «La Denuncia» de Barcelona.

Agradecemos la visita y gustosos establecemos el cambio.

El Diccionario de electricidad y magnetismo de J. LEFÈVRE, que con tanto acierto publica la Casa editorial Bailly-Bailliere é Hijos, de Madrid, es una obra tan completa y tan clara, que bien podria llevar el nombre de *enciclopedia eléctrica*.

Acabamos de recibir las entregas 13.^a á 17.^a

Reconocemos que es una obra indispensable para todo el mundo, puesto que contiene una multitud de datos sobre Electricidad que no se encuentran en ninguna obra ni diccionario en España.

Se halla de venta en la Libreria editorial de Bailly Bailliere é Hijos, Plaza de Santa Ana, núm. 10, Madrid, y en las principales librerías de provincias y Ultramar.

NUEVA LITOGRAFIA DE GONZALEZ, TUERO Y C. MUELLE DE ABTAO, 8 Y 10.—GIJON.

Especialidad en iluminacion sobre la hoja de lata
Tarjetas, membretes y sobres
CROMOLITOGRAFIA
Trabajos litográficos para la Industria y el Comercio.

V. TAMAYO.

57—SAN BERNARDO—57.

CAMISERIA, CORBATAS Y PAÑERIA

Inmenso surtido en géneros de punto.

Precios sin competencia.

ÁL PASAJE TRINIDAD, 14.—MUELLE, 7.



500 trajes de dril para niño desde 5 pesetas.

FARMACIA Y DROGUERIA

DE

JOAQUIN ESCALERA BLANCO.

San Bernardo, 49.—Gijon.

Especialidades nacionales y extranjeras.—Aguas minerales.—Ortopedia.—Dosimetria.—Agua de Seldtz.—Vinos y jarabes medicinales.—Alcaloides y productos químicos modernos.—Aparatos lo mas perfecto para la preparacion de cápsulas amiláceas y supositorios.—Pinturas en polvo y pasta.—Brochas y pinceles.—Purpurinas.—Barnices de todas clases.—Articulos para industrias.

DEPÓSITO DE CARBONES.

El conocido industrial Francisco Prieto Junquera, establecido en esta villa, con depósito en los terrenos del ferro-carril de Langreo, teléfono núm. 21, tiene el gusto de ofrecer á domicilio las distintas clases de carbon á precios reducidos.

Se garantiza la superioridad en todas las clases, asi como exacto cumplimiento en cuantos pedidos se le hagan.

Nota. Para avisos: en el Bazar La Union, calle Corrida, 14, 2.º.—Corrida, 72 y en el mismo depósito.